

Reseña de / Book Review of: Riva-Agüero, José de la. 2022.
Paisajes peruanos. Estudio, edición y notas de Jorge Wiese
Rebagliati. Madrid: Iberoamericana Editorial Vervuert. ISBN 978-
84-9192-262-9. 486 pp.

Pedro M. Guibovich Pérez

Pontificia Universidad Católica del Perú, Perú

pguibovich@pucp.edu.pe

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-0681-5908>

El 8 de abril de 1912, un joven limeño, miembro de una de las familias más aristocráticas de entonces, se embarcó en el puerto de El Callao con destino al sur del Perú. El joven en cuestión era José de la Riva-Agüero y Osma, quien, a pesar de sus cortos veintisiete años, había logrado reputación en el medio académico del Perú y España como erudito en historia y literatura. Su viaje lo llevó a visitar Arequipa, Puno, La Paz, Cuzco, Ayacucho y Junín; y reconocer la geografía de su propio país, escenario de un milenario pasado de desigualdades tanto sociales y como económicas.

Fruto de su demorado periplo, Riva-Agüero compuso *Paisajes peruanos*, un elenco de textos donde relató parte de su viaje, esto es, desde su salida del Cuzco hasta su llegada al valle del río Mantaro. A modo de complemento incluyó una síntesis comparativa de los paisajes costero y serrano, y una nota sobre el drama *Ollantay*. Con una muy cuidada y expresiva prosa, relató sus experiencias personales como viajero, retrató los escenarios geográficos que visitó y evocó los eventos históricos que tuvieron lugar en ellos. *Paisajes peruanos* empezó a publicarse, aunque parcialmente, en un diario limeño en 1916 y después en las páginas de la revista *Mercurio Peruano*. A inicios de la década de 1930, de regreso de su autoexilio en Europa, el autor concibió la idea de una nueva edición, completa y corregida. En 1944, le sobrevino la muerte y el proyecto editorial quedó trunco, pero no en el olvido. En 1955, su amigo personal, Raúl Porras Barranechea, también notable historiador, llevó a cabo la edición *princeps* de *Paisajes peruanos*.

La presente edición de *Paisajes Peruanos*, a cargo de Jorge Wiese Rebagliati, supera con creces las anteriores –incluida la *princeps*– y bien podría considerarse como definitiva. Se basa en el manuscrito autógrafo del autor compuesto en 1931, y va precedida de un enjundioso estudio preliminar de Wiese, que estudia al personaje y las características de su obra, a la que define como un «relato de viajes polifónico». El texto de *Paisajes Peruanos*, a su vez, está profusamente anotado para permitir al lector entender las voces españolas y quechuas, las fuentes literarias, los topónimos, los personajes y los hechos históricos citados; y las variantes textuales de la presente edición con las anteriores.

Riva-Agüero se revela como un atento y sensible observador de la geografía, la flora y la población. Sus descripciones son a la vez coloridas y sonoras. Así, por ejemplo, Curahuasi, una población en el valle del río Apurímac, es «tierra de temple muy saludable y de cielo purísimo. [...] Cuenca fértil, ánfora risueña en las laderas del tajo espantable del Apurímac, despierta involuntariamente el símil de una de aquellas *urpis*, palomas serranas, que tanto nombran y celebran los yaravíes, posada sobre el alto peñón de un arroyo, o de una fresca guirnalda colgada en un muro de granito» (225). En tanto que el valle donde se asienta la ciudad de Abancay lo presenta dominado por los «Andes soberbios, coronados de blancos cirros y armiñados de nieve» (233). La pintura del final del día en esa misma ciudad es particularmente conmovedora: «Una onda apaciguadora baja del cielo sereno. Hay una austeridad tranquila y dulce. La gama del atardecer es bellísima: rosa, violeta, perla y ámbar pálido. El nevado Ampay, que en la luz diurna reverberaba como un diamante inmenso, se tiñe de carmín; y

los cerros próximos hacia el sur, visten sus faldas escarpadas del color de la amatista» (239-240). En Andahuaylas encuentra que los «sembrados se recortan entre pircas pedregosas o setas de vivos quechuales. En las vegas y quebradas, el aliso elegante y el molle alternan con el pati, el cedro eminente y el sauce gemebundo. La luz resbala como una caricia sobre los reflejos metálicos de los eucaliptos y el estremecido follaje de los álamos» (255). La sonoridad de la prosa de Riva-Agüero se pone de manifiesto en muchos pasajes. Así en Pomacocha lo sedujo: «el batir del follaje y el crujido de los árboles por las agitadas ráfagas del aire, el clarinear de los gallos, el mugir de los bueyes, un lejano ladrido, el trémulo balar de los rebaños distantes» (285). Los ejemplos podrían multiplicarse.

La historia nutre la descripción del paisaje y viceversa. Esto no extraña dada la cultura libresca de Riva-Agüero. A su salida del pueblo de Chinchero, anotó que «se elevaba sobre un cerro el ara sacrificatoria desde la cual los sacerdotes dirigían al sumo dios Huiracocha la soberbia plegaria de que dilatara las conquistas de los incas hasta los extremos límites del mar» (195). Y prosigue que «el riachuelo de nuestra izquierda, cascajoso y rápido que el día de la batalla [entre incas y chancas] se convirtió en un raudal rojo con la sangre de los treinta mil hombres que perecieron en su ribera» (195). Las fuentes que sustentan esas descripciones, como bien señala Wiese, son los escritos del cronista mestizo Garcilaso de la Vega y del jesuita Bernabé Cobo. Estas y otras lecturas formaron parte del equipaje mental del ilustre viajero. Tras recorrer la pampa de Anta y el valle de Xaquijahuna, escribe que «a cada paso que damos en estas tierras lucientes y calladas, surge en la paz del campo un lejano recuerdo histórico, feroz y fúnebre como un cráter extinto» (212).

Pero no solo el paisaje rememora la historia, sino también los edificios que visitó nuestro autor. La estancia en el pueblo de Zurite resulta particularmente evocadora. Su «modesta» iglesia le trae a la memoria que allí tuvo lugar el desposorio del general Agustín Gamarra, futuro presidente de la República, con Francisca Zubiaga, realizado en 1825 «con gran pompa y regocijos públicos» (202). También en Zurite revive algunos episodios de la inestable historia política del temprano régimen republicano en el Perú. «Con tales meditaciones históricas me entretengo, paseando la tranquila población, en la soñolienta quietud del domingo luminoso» anota (206).

A lo largo de su trayecto, Riva-Agüero es invadido por la nostalgia del glorioso pasado en contraposición al menguado presente de los poblados y sus habitantes. De entre todas las ciudades visitadas sin duda fue el Cuzco la que más alimentó su imaginación. De ella sostuvo que era «el corazón y símbolo del Perú» (189). Al dejar la antigua capital inca, confiesa que lo hizo «Repitiendo vagamente los citados textos históricos [Cieza y Cobo], hice alto para despedirme de la vieja población, emperatriz destronada de infaustos destinos» (185). Después del Cuzco, visitó el pueblo de Maras, antaño célebre por la explotación de sus salinas, donde sus casas y calles lo sobrecogieron por «su vejez y soledad» (199).

Complemento del paisaje natural es el paisaje humano. Riva-Agüero no fue ajeno a la miseria existente en el Perú rural. En Zurite asistió a misa en un lugar privilegiado al interior de la iglesia, el presbiterio. Desde allí observó a la «muchedumbre indígena, maloliente y andrajosa» y en ella «indias ancianas, desgredadas, de rostros apergaminados, de misérrimo traje, que rezan con increíble fervor y a cada instante besan el suelo» (201). En las calles de Cachi se encontró «con una india vieja, cargada de leña y ramas a la espalda, de mechales revueltas y ojos fijos, cuya decrepita y torva expresión nos la hizo imaginar bruja del pueblo desierto. No habría podido, en verdad, descubrir un pintor modelo más acabado de hechicería maléfica» (259). Su apreciación de la sociedad indígena resulta contradictoria porque, por un lado, trasunta racismo; y por otro, lástima por la explotación a la cual se vio sometida por autoridades políticas, curas, y terratenientes.

¿Cómo Riva-Agüero concibió la idea de escribir *Paisajes Peruanos*? No es una pregunta fácil de responder. Wiese propone que la lectura de la obra de Ortega y Gasset pudo influir en el escritor limeño. Es una lectura plausible. En cualquier caso, como ya lo mencioné, la historia y el paisaje se nutren mutuamente en el relato de Riva-Agüero al punto de fundirse ambas. La geografía es *histórica*, es decir, escenario y protagonista. La presente edición de la obra de Riva-Agüero es una notable contribución a la mejor comprensión del pensamiento de uno de los historiadores peruanos más notables del siglo XX, así como al entendimiento de su prosa en su plena dimensión estética.